

Acabaré de desnudar á ese muñeco imperial con el que Bulnes *hace el coco* al Sr. Juárez, diciéndole:

"¿Qué habría hecho Juárez si además, las cualidades del príncipe hubieran sido ser brillante soldado, funcionario laborioso, legislador sagaz, modesto, austero, sobrio de fondo y forma, eminentemente liberal y eminentemente generoso?"

Otra fantástica suposición del Sr. Bulnes, en la que su imaginación forja un hombre ideal tan perfecto, que toca á lo sobrehumano.

Porque nunca ha habido un hombre, y mucho menos un príncipe, con tales y tantas cualidades; el útero de la mujer es un molde deforme que sólo modela hombres enteramente humanos, es decir, llenos de deficiencias morales, de pasiones reprimidas ó fulminantes, y de vicios más ó menos latentes.

Si todas estas deformidades no salen á luz, es porque las encubre la fórmula social, las enmascara la hipocresía y las disimula la conveniencia.

No crea el Sr. Bulnes en la virtud humana; ésta, como la verdad absoluta, es una gran mentira.

Muchos pecan poco, por miedo al diablo; otros no cometen delitos por miedo al gendarme.

Nada hay tan inútil como los libros de moral; la única moral eficaz y práctica es el Juzgado de lo Criminal, la cárcel y el patíbulo.

Suelen la educación y el medio ambiente enjaular y amansar algo á la fiera humana; pero á la larga, la fiera devora al domador.

En México, en la capital de la República al menos, sólo he conocido á tres personas que conozcan profundamente la historia: Justo Sierra, Julio Zárate y Francisco Bulnes.

¿Cómo puede el Sr. Bulnes soñar un soberano que sea gran soldado, legislador eminente, probo, generoso y eminentemente liberal?

¿Ha encontrado el Sr. Bulnes en la Historia General un príncipe dotado de tan espléndidas cualidades?

En Roma brillaron eminencias desde que se implantó en la ducción del mundo el cesarismo; pero ninguna alcanzó la perfección ideal que traza el Sr. Bulnes.

No hablemos de Augusto, á quien ya el Sr. Bulnes y yo hemos discutido.

Octavio Augusto se calificó, él solo, como un farsante: en sus últimos momentos, ya próximo á morir, se hizo vestir de gala, se perfumó el cabello, se tiñó con carmín las mejillas y dijo á los muchos favoritos que rodeaban su lecho:—"¿He representado bien la comedia? Pues aplaudidme."

Tampoco encontrará el Sr. Bulnes su príncipe modelo en los sucesores de Augusto; la familia Julia Claudia estaba podrida y acabó con Nerón.

Los dos primeros emperadores de la siguiente familia reinante, la familia Flavia, sólo fueron conquistadores que acabaron con la autonomía de Acaya (Grecia), Licia, Rodas, Samos y Tracia; y Tito Vespasiano después de haber sitiado á Jerusalem, la ocupó matando cien mil judíos y acabando para siempre con la independencia de la raza semita.

En los primeros años del siglo II de la nueva era, el Senado Romano saludaba á cada nuevo Emperador, deseándole *que fuera más feliz que Augusto y mejor que Trajano*.

Pero Trajano no fué más que otro conquistador que derramó á torrentes la sangre humana en Dacia (Hungria), la Arabia Petrea, Damasco, la Armenia, Mesopotamia y una fracción de la Partia, por unir estas tierras al imperio romano.

Y la Iglesia recuerda con terror que Trajano, en su intolerancia religiosa, decretó la tercera persecución contra los cristianos, más sangrienta que las anteriores.

A fines del mismo siglo, ocupó la dignidad imperial el segundo de los Antoninos, Marco Aurelio, filósofo de la escuela estoica y muy ensalzado por los historiadores clásicos.

Pero, como sus antecesores, durante su reinado sostuvo guerras continuas contra los *partos*, las tribus germánicas que, arrollando á las guarniciones romanas del Danubio y atravesando la Alta y Baja Austria (la Panonia) llegaron al Norte de Italia haciendo temblar á los romanos.

Marco Aurelio ordenó la quinta persecución contra los cristianos.

Y en los siglos siguientes hasta la división del imperio y la invasión de los bárbaros, no encontrará el Sr. Bulnes un príncipe semejante á su modelo.

Porque no creo que me señalará á Constantino el Grande, el que dió vida libre y social al cristianismo, como una evolución política, no como contaron los cristianos por haber visto el Emperador una cruz en el cielo en la batalla de Saxa-Rubra, donde conquistó el imperio.

Apenas salieron los cristianos de las catacumbas, libres ya de toda persecución, cuando comenzaron á adular su secta, inventando fábulas y absurdos teológicos que trajeron lo que se llamó herejía de Arrio.

A pesar de que Constantino implantó en el imperio la libertad de cultos, el Sr. Bulnes no puede ser adicto á aquel ambicioso que asesinó á su suegro Maximiliano y después mandó matar á su hijo primogénito y á su segunda esposa la emperatriz Fausta.

Y nada semejante á su ideal encontrará el Sr. Bulnes en la Edad Media, ni en los comienzos de la Edad moderna en que aparece Carlos V el epiléptico, hijo de un príncipe corrompido, Felipe el Hermoso, y de una histérica, cuya vesanía erótica le hizo llevar en la historia el nombre de Juana la Loca.

El Sr. Bulnes quiere un príncipe eminentemente liberal, y Carlos V era un soberano enteramente autocrático, batallador, fanático é intolerante.

Después de haber combatido casi su vida entera, después de haber acabado con los *comuneros* y las *germanías*, ahogando á aquellos héroes en un mar de sangre, mató para siempre el espíritu foral en España, haciendo á esta península refractaria para siempre á la libertad y la civilización.

Enfermo, vestido de monje, encerrado en el monasterio de Yuste en Estremadura, á la vez que se entregaba á la oración, revolvía al mundo con su política tortuosa hasta que murió, dejando á España entregada á su hijo, al rey monstruo Felipe II.

Sólo una cualidad tenía Carlos V, que debe hacerlo muy estimable para el Sr. Bulnes y para mí: el Emperador era un magnífico gastrónomo.

Y después, nada, nada, hasta Luis XIV..... pero es imposible que ese títere coronado llene los ideales políticos del Sr. Bulnes.

Aquel *homúsculo*, aquel raquítico enano que usaba sus *tacones rojos* altísimos para disimular lo mezquino de su ta-

lla, fué un mentecato hinchado de vanidad que llegó á creerse un sér divino, invencible sin ser un valiente, como Alejandro, el hijo sacrílego de Olimpias.

Su primera juventud fué miserable; su pobre naturaleza se menguó más cuando Souverville le operó una fistula rectal, usando por primera vez el litómo de fray Cosme.

En su mayoría de edad su ambición creció á la par que su vanidad; autócrata, déspota, sin corazón y sin piedad, sacudió á la Europa en guerras perpetuas que muchas veces terminaron por vergonzosos tratados de paz.

Aquel corrompido que llenó su dinastía de bastardos adúlteros, en su fanatismo religioso revocó el edicto de Nantes que garantizaba á los protestantes la libertad de su culto, lanzó sobre ellos sus sanguinarios *dragones* que mataron mujeres, niños y ancianos y quemaron, saquearon y asolaron iglesias y casas de los protestantes.

El gran tirano que se hacía llamar el *rey sol* estaba dominado por su Ministro, el infame Louvois y, lo que era peor aún, por su confesor el jesuita La Chaise y por la vieja gatzmoña Madama de Maintenon, su manceba primero, su Celestina después, y por último su mujer.

Ese hombrecillo insolente empobreció á Francia, la sangró, hizo del clero francés un súbdito humilde presidido por el elocuente cortesano Bossuet, y á la que fué antes la valiente é indomable nobleza la hizo arrastrarse en la última grada del trono.

Nadie como Justo Sierra ha retratado la abyección de los nobles franceses: " los primeros nombres, de la nobleza francesa, dice Justo, presentaban al rey la copa ó la camisa " mientras que hidalgos de clase inferior, pero de talón rojo " y espada al cinto, traían y llevaban el vaso dorado en que " S. M. se dignaba dejar las más prosaicas reliquias de su vida animal. "

Ese *rey sol*, al morir, acabó como sol de cohetería, silbado por el pueblo francés, que con gran expansión y manifestaciones de júbilo celebró su muerte; fué preciso sacar clandestinamente el cadáver de Luis XIV del palacio, al llevarlo á enterrar, por temor de que el pueblo lo despedazara.

Todo esto, mejor que yo, lo sabe el Sr. Bulnes; ¿ por qué,

pues, pierde su tiempo y nos lo hace perder, sacando de los cuentos de hadas un príncipe para ponerlo frente al Sr. Juárez?

Y el Sr. Juárez no se habría asustado con la llegada á México de ese príncipe, porque tenía fe en la causa nacional, y sabía que ese imperio tampoco era viable.

El Sr. Juárez también á ese príncipe lo habría mandado fusilar en el Cerro de las Campanas.

Creo que se habrá disipado el ensueño que el ateísmo político produjo en el cerebro del Sr. Bulnes, y que este escritor volverá al uso de su plena razón, comprendiendo bien las condiciones en que se encontró la República durante la guerra de cinco años.

Entonces confesará acaso cuán inexacto ha sido al falsear la historia de ese período, y cuánta contradicción hay entre las opiniones que emite, y el espíritu enteramente jacobino que inconscientemente lo anima.

En la página 475 de su libro dice que "no es posible gobernar fuera de la democracia sino con una clase privilegiada, sólida y, naturalmente irresponsable, ó con una clase privilegiada inestable é irresponsable, si se quiere obtener un gobierno más ó menos definido y durable. La tercera especie de gobierno es el *cesarismo*, forma lastimosamente precaria hasta producir la anarquía permanente."

Esas opiniones son jacobinas.

En la página 477 dice el Sr. Bulnes:

"Aun cuando la desunión de los mexicanos ocasionara revoluciones, éstas son altamente benéficas. No se conoce una verdadera revolución que no haya sido útil en alto grado á la humanidad."

Esto pertenece á lo más candente del jacobinismo revolucionario.

Refiriéndose el Sr. Bulnes al estúpido empeño que tuvo Maximiliano, días antes de aceptar la corona, en tener una conferencia con el Sr. Juárez, para lo cual hizo escribir una carta á D. Jesús Terán, dice el referido Sr. Bulnes en la página 482 de su libro:

"En esta carta se encuentra el verdadero programa del

"Archiduque, probado con su conducta posterior; su idea fué fundir á todos los partidos en un partido imperial. Con semejante programa el Archiduque estaba condenado á fracasar. *Jamás se ha dado ejemplo en el mundo de una fusión de partidos irreconciliables, no por la rudeza de sus pasiones, sino por la oposición radical de sus principios.*"

Así, como opina el Sr. Bulnes, opinamos todos los jacobinos contra la soñada conciliación.

Pero todavía es más duro, más acre, más mordente el Sr. Bulnes, cuando en la página 489 de su libro condena la conciliación en los términos que siguen:

"La unión de los partidos políticos, cuyos principios son irreconciliables, sólo puede tener lugar en el fondo de una olla de rancho, cuando sus miembros son todos hambrientos; mas entonces no hay unión espiritual, se forma simplemente una alianza de vientres, para devorar y calmar apetitos. Tal estado político prueba una situación más triste que la que desarrolla una siniestra guerra civil."

No comento lo anterior; únicamente traslado ese alarido jacobino al eminente orador oaxaqueño que junto á la tumba del Sr. Juárez proclamó el impío dogma de la conciliación.

Encuentro en la página 517 del libro del Sr. Bulnes la siguiente protesta también contra la conciliación:

Habla el Sr. Bulnes sobre las últimas gestiones hechas por Maximiliano cerca del Papa negro Pío IX, después de haber promulgado aquél algunas de las leyes de Reforma, especialmente la de nacionalización de los bienes del clero, y dice:

«En tal concepto, la conducta imperial no podía satisfacer de ningún modo á los adjudicatarios, ni á la política francesa, ni á las potencias protestantes, ni mucho menos al partido reformista. *Maximiliano logró lo que todos los conciliadores de ideas é intereses irreconciliables: quedar mal con todo el mundo.*»

Refiere el Sr. Bulnes, y es verdad, que Maximiliano, en vez de estudiar la corrupción y miseria de su gobierno, culpaba de todo á la raza mexicana, para todos los extranjeros intervencionistas corrompida y sin salvación.

Y clama el Sr. Bulnes:

«Maximiliano ignoraba que él era también un corrompido y que había venido á corromper. *No se puede gobernar*

« con ideas y principios opuestos, y quien quiera gobernar con los principios de todos los partidos, lo que en realidad quiere es corromperlos á todos, para que le entreguen su fuerza, su honor, su inteligencia, su presente y su porvenir..... »
 « Cuando el soberano se vuelve verdugo, no tiene otros partidarios, siempre desleales, que los corrompidos. »

Después de este arranque, netamente jacobino, con el que fulmina la conciliación, el Sr. Bulnes glorifica la expresión más genuina del jacobinismo, *la demagogia*, diciendo:

" los asesinatos del 11 de Abril de 1859 en Tacuba ya palidieron hasta perder sus espesas manchas ante las hecatombes sistemáticas, jurídicas, tranquilas, frías de las Cortes marciales, funcionando con su magistratura de odio, de delación, de deshonra de la fuerza.

" Cuando la sociedad sintió el olor de cuartel, de barbarie, de sangre coagulada, propio de las Cortes marciales, sintió la ausencia del PARTIDO DEMAGÓGICO inmensamente humano; sintió en ese partido todos los nervios de la nacionalidad, todo el calor del hogar, todos los glóbulos de la misma sangre, los recuerdos de la misma infancia, los remordimientos de los mismos horrores; sintió en él (*partido demagógico*) el amor patrio precipitado en el fondo histórico de la gran familia mexicana, enloquecida y desgraciada. "

Pero si en las páginas antes citadas vemos al Sr. Bulnes resurgir como un jacobino y perfecto demagogo, en la siguiente, en la 532, lo admiramos marchando más allá y diciendo:

" En la anarquía el tirano es anónimo, es *todo el mundo*, es la libertad, es algo *de grande por su idea*, por su forma, por su estrépito. "

¿Qué llegará el Sr. Bulnes á ser un anarquista?

Lo que es en sus ideas, en sus opiniones políticas y en su criterio histórico, hay mucha anarquía ya.

CAPITULO III

JUAREZ Y LA PLEYADE DE HEROES REPUBLICANOS

Después del imperio férico que inventó el Sr. Bulnes y que acabo de desbaratar, hay dos capítulos en el libro de aquel autor que llevan el mismo título "*El más poderoso aliado de Juárez*," y que no tienen importancia alguna.

En ellos se dice lo que todos sabemos, lo que con soberana intuición previó el Sr. Juárez, que el Imperio no era perdurable y que Maximiliano era incapaz de gobernar y de sostenerse, ni aun con las bayonetas francesas.

Con superabundancia de pormenores, y en momentos en que su talento tomó su orientación normal, estudia el Sr. Bulnes en los capítulos citados los graves errores que cometió Maximiliano, las deficiencias intelectuales y morales de éste, y los elementos disolventes y corrompidos que informaron el imperio.

En esos dos capítulos, el Sr. Bulnes, como un verdadero jacobino, combate la política de conciliación que adoptó Maximiliano y que fué uno de los factores de su pérdida; revela la deslealtad con que el archiduque trató y quiso resolver el conflicto religioso que trajo la intervención que no era reaccionaria, á pesar de que la solicitaron los reaccionarios y los prelados mexicanos; la falta absoluta de una Constitución imperial, lo que engendró una autocracia *ultra-personal* sin cohesión ni fuerza administrativa; la torpe elección del personal directivo de que se rodeó el Emperador, compuesto de extranjeros voraces, ambiciosos é ignorantes, como Eloin el trovador de canciones picarescas; la indolencia de Maximiliano á quien repugnaba todo trabajo serio y prolongado, su neurotismo político, y la versatilidad de sus ideas y de sus juicios; el despilfarro con que agotó el archiduque las rentas públicas y los empréstitos, lo que lo arrastró á la miseria y no le permitió organizar un ejército mexicano; el desprecio de todo principio y la corrupción clerical y administrativa